

una palidez que le sentaba á las mil maravillas. Su barba corta y rizosa, sus cabellos castaños, con reflejos de oro, cabellos de mujer, partidos á lo nazarino, dábanle realmente, como dijera la arlesiana, el aspecto de un hermoso Cristo.

Apenas bailó una contradanza con María y pareció un tanto taciturno y orgulloso; pero todo en él fascinaba: su figura, el misterio que le envolvía, hasta su nombre de Tancredo. Muchos corazones de mujer palpitan cuando, apoyado en el quicio de una puerta, con el clac en la mano, melancólico el rostro, exhalando el encanto patético de un condenado á muerte, derramaba lentamente por el salón, la languidez de su mirada de terciopelo. La marquesa de Alvenga, para verlo á su sabor, pidió el brazo á Pedro y le miró como á una estatua de museo á través de su impertinente de oro.

—¡Es un guapo mozo!—exclamó—parece una estatua. ¿Y son ustedes amigos, son ustedes amigo, Pedro?

—Somos como dos hermanos de armas, señora.

En aquella misma *soirée*, Villaça informó á Pedro que al día siguiente se esperaba á su padre en Bemfica. Y Pedro, al recogerse, habló á María de "preparar la gran escena para su padre." Se negó á ello con razones imprevistas, pero sensatas. ¡Había pensado mucho! Reconocía que uno de los motivos que tenía papá—ahora le llamaba siempre papá—era la vida que se llevaba en Arroios...

—Pero hija,—replicó Pedro;—no parece sino que vivamos en perpetua orgía... Todo se reduce á recibir á unos amigos...

Sí... sí... Pero realmente estaba decidida á cambiar de existencia, á llevar una vida más sosegada... Sería mejor para los *bebés*. Quería que papá se con,

venciera de aquella transformación, y así las paces serían eternas.

—Deja que pasen dos ó tres meses... Cuando sepa que vivimos quietecitos, entonces será ocasión... También es preferible que sea cuando mi padre vaya á tomar las aguas á los Pirineos... Mi pobre papá teme al tuyo, el infeliz... ¿No te parece así mejor, hijito?

—Eres un ángel—contestó Pedro besándole ambas manos.

Pareció cambiar, en efecto, el modo de ser de María. Pasó las noches muy recogida, con algunos íntimos, en su *boudoir* azul. Ya no fumaba; no jugaba al billar; y vestida de negro, con una flor en el pelo, hacía *crochet* junto á la luz. Estudiábase música clásica cuando comparecía el viejo Cazotí. Alencar, que imitando á su dama, había adquirido cierta gravedad, recitaba producciones de Klopstock. Hablábase con gran mesura de política. María era muy regeneradora.

Tancredo no faltaba una noche, indolente y hermoso, dibujando alguna flor para que ella la bordara ó cantando, acompañándose en la guitarra, canciones populares de Nápoles. Todos le adoraban; pero más que nadie, el viejo Monforte, que se pasaba las horas muertas, sepultado en su ancha corbata contemplando con enternecimiento al príncipe. Luego, de pronto, se levantaba, atravesaba la habitación, íbase hacia él, le tocaba, le daba palmaditas y decía en su francés de marinero:

—*Ca aller bien... Hein? Beaucoup bien...* Me parece...

Y aquellas corrientes de afecto parecían contagiosas, porque en tales momentos María sonreía tiernamente á su padre ó le besaba en la frente.



De día ocupábase en cosas serias. Organizó una obra de caridad, la *Obra pía de las mantas* á fin de hacer en invierno distribuciones á las familias necesitadas, y presidía en Arroios, empuñando una campanilla, las reuniones en que se discutían los estatutos. Visitaba á los pobres. Iba también muchas veces á las iglesias, vestida de negro, á pie, con un espeso velo que ocultaba su lindo rostro.

El esplendor de su belleza aparecía ahora velado por una sombra conmovedora de grave ternura: la Diosa idealizábase en Madona; y no era raro oirla suspirar sin motivo.

Al propio tiempo aumentaba su pasión por su hija. Tenía ahora dos años y era adorable en verdad; todas las noches iba al salón vestida con un lujo de princesa; y las exclamaciones, los éxtasis de Tancredo, no tenían fin. Le hizo el retrato al lápiz, al carbón, á la aguada; arrodillábase para besarle la manecita color de rosa como al *bambino* sagrado. Y María, á pesar de las protestas de Pedro, dormía siempre con la niña entre sus brazos.

A principios de septiembre, el viejo Monforte marchó á los Pirineos. María lloró colgada de su cuello, como si de nuevo se marchase á reanudar sus viajes al Africa.

A la hora de comer, estaba ya consolada y radiante. Pedro volvió á hablar de reconciliación, pareciéndole que habia llegado el momento de recobrar para siempre á su padre.

—Aun no,—contestó pensativa, mirando su copa de Burdeos.—Tu padre es una especie de santo, aun no le merecemos... en invierno.

Una sombría tarde de diciembre, lluviosa, Alfonso de Maia estaba leyendo en su despacho, cuando

se abrió la puerta con violencia y, apartando la vista del libro, vió á Pedro delante de él. Aparecía trastornado, desaliñado y en su rostro lívido, bajo el pelo alborotado, lucía la mirada de un loco. El anciano se levantó aterrado. Y Pedro, sin una palabra, se echó en brazos de su padre y rompió á llorar con desconsuelo.

—¡Pedro! ¿Qué te pasa, hijo?

¡Quizá muriera María! Sintió una alegría cruel imaginando que su hijo se veía libre para siempre de los Monforte, trayéndole dos nietos para alegrar su soledad, dos nietos á quienes querría con toda su alma. Y repetía, tembloroso, también, apartando suavemente á Pedro:

—Cálmate, hijo. ¿Qué te pasa?

Pedro cayó en el sofá como cae un cuerpo muerto, y mirando á su padre y mostrándole un rostro envejecido, desencajado, dijo en voz sorda:

—Me ausenté dos días de Lisboa... Volví esta mañana... María habia huido con la niña... Huyó con un hombre, un italiano... ¡Y aquí estoy!

Alfonso de Maia se detuvo ante su hijo quieto, mudo como una estatua; y su hermoso rostro, donde acudiera toda su sangre, expresaba una gran cólera. Vió, en un instante, el escándalo, las hablillas, su nombre por el barro. Y era aquel mismo hijo que, despreciando su autoridad, uniéndose á aquella mujer, bastardeara la sangre de su raza, el que ahora cubría de oprobio su linaje. ¡Y allí estaba! Allí yacía sin un grito, sin un arranque de furor, sin un impulso brutal de hombre engañado! Se tumbaba en un sofá, llorando miserablemente! Aquello le indignó y se puso á pasear por la sala, rígido y ceñudo, apretando los labios para contener las palabras de ira y de injuria que pugnaban por escapársele del pecho...—Pero era padre; oía aquel sollozar des-



consolado; veía estremecerse aquel pobre cuerpo desdichado que en otro tiempo meciera en sus brazos.—Detúvose junto á Pedro, cogióle la cabeza con las manos, besóle una y otra vez, como si aun fuese un niño, devuelto para siempre á su ternura.

—Tenía usted razón, padre mío, tenía usted razón—murmuraba Pedro entre sollozos.

Después permanecieron silenciosos. En el exterior, las rachas de lluvia batían contra la casa con clamor prolongado, y los árboles crujían bajo las ventanas, sacudidos por el viento.

Alfonso rompió el silencio:

—¿Hacia dónde huyeron, Pedro? ¿Qué sabes, hijo? No es ocasión de llorar...

—No sé nada—contestó Pedro haciendo un violento esfuerzo. Sé que huyó. Yo salí de Lisboa el martes. Aquella misma noche ella partió de casa en un carruaje con una maleta, la cajita de las joyas, una camarera italiana, que había tomado hace poco, y la niña. Dijo á la institutriz y al ama del niño que iba á encontrarme... Lo extrañaron, pero ¿qué le iban á decir? Al volver hallé esta carta.

Era un papel ya sucio, muchas veces leído desde la mañana y estrujado con furia. Contenía estas palabras:

“Es una fatalidad; parto para siempre con Tancredo; conozco que no soy digna de ti y me llevo á María, porque no me es posible separarme de ella.”

—¿Y el niño, adónde está el niño?—exclamó Alfonso.

Pedro parecía recordar.

—Le traje en el coche; está ahí con el ama.

Salió el viejo y volvió á poco trayendo en brazos al pequeño, envuelto en su larga capa blanca fran-

jeada y tapada la cabeza con una gorrita de tul. Era gordo, con los ojos muy negros, con una adorable boquita fresca y color de rosa. Reía todo él, balbuceando, agitando su sonajero de plata. El ama no pasó la puerta, tristonamente, fija la vista en la alfombra y un paquetito en la mano.

Alfonso se sentó lentamente en su poltrona y se puso el niño junto al pecho. Los ojos se le henchían de una bella luz de ternura; parecía olvidar la agonia del hijo, la vergüenza doméstica; ahora sólo veía aquella carita tierna que sonreía entre sus brazos...

—¿Cómo se llama?

—Carlos Eduardo, —murmuró el ama.

—¿Carlos Eduardo, eh?

Lo miró mucho rato, como procurando ver en él los signos de su raza; después tomó en la suya las dos manecitas coloradas, y muy grave, como si el angelito le entendiese, dijo:

—Mírame bien. Soy el abuelo. ¡Hay que amar al abuelo!

Aquella voz recia hizo que el chiquitín fijara sus ojos en él, muy abiertos, muy serios, sin demostrar miedo de las barbas grises: después empezó á saltar, desprendió las manecitas y le martilleó furiosamente la cabeza con el sonajero.

Todo el rostro del viejo sonreía ante aquella franca alegría: le estrechó largo rato contra su pecho; luego le dió un beso largo, consolado, enternecido, su primer beso de abuelo, y después, con todo cuidado, lo devolvió al ama.

—Váyase, ama, váyase... Gertrudis le arregla la habitación; vea lo que le hace falta.

Cerró la puerta y fué á sentarse junto á su hijo que no se había movido del sofá ni levantado la vista del suelo.



—Desahógate, Pedro; cuéntamelo todo... Hace ya tres años que no nos vemos, hijo...

—Hace más de tres años—murmuro Pedro.

Se levantó, miró hacia el jardín, tan triste bajo la lluvia; después, mirando desmayadamente la biblioteca, se fijó un momento en su propio retrato, hecho en Roma á los doce años, con un traje de terciopelo azul y una rosa en la mano. Y repetía amargamente:

—Tenía usted razón, padre, tenía razón.

Poco á poco, paseando y suspirando, empezó á hablar de los últimos años, del invierno pasado en París, de la vida en Arroios, de la intimidación del italiano en su casa, de los planes de reconciliación y por fin de aquella carta infame, sin pudor, invocando la fatalidad, echándole á la cara el nombre del otro!... Al principio tuvo sed de sangre y quiso perseguirles. Pero tuvo una luz de razón. ¿Sería ridículo, verdad? De fijo que la fuga estaba preparada de antemano y no había de recorrer todas las ciudades de Europa en busca de su mujer... ¿Ir á quejarse á la policía? ¿Hacerlos prender? Una estupidez, que no impediría que ella corriera por esos mundos, durmiendo con otro... Sólo le restaba el desprecio. Imaginarse que fué una bonita querida que tuviera algunos años y que huyó con otro hombre. ¡Adiós! Quedábale un hijo, sin madre, con un nombre deshonorado. Paciencia. Necesitaba olvidar, emprender un largo viaje, ir á América, y ya vería su padre como volvería consolado y fuerte.

Decía estas frases sensatas, paseando sin parar, con el cigarro apagado entre los dedos, con acento que cada vez era más tranquilo. Pero de pronto se detuvo ante su padre, con sonrisa forzada y un brillo feroz en los ojos.

—Siempre descé ver América y la ocasión es pin-

tiparada... Buena ocasión ¿eh? Puedo hasta naturalizarme, llegar á presidente ó reventar... ¡Ja! ¡Ja!

—Sí, pero ya pensarás después en ello, hijo—contestó el viejo azorado.

En aquel instante sonaron lentamente en el fondo del corredor las campanadas que llamaban á la cena.

—Ahora comen más temprano—dijo Pedro.

Lanzó un suspiro cansado y murmuró:

—Nosotros comíamos á las siete...

Quiso que su padre fuese á la mesa. No había motivo para no comer. El pasaría un rato arriba, en su cuarto de soltero. Tenía allí la cama ¿verdad? No, no quería tomar nada...

—Que Teixeira me suba una copa de ginebra. Aun está aquí Teixeira, ¡pobrel!

Y viendo que Alfonso no se levantaba, exclamó impaciente:

—Come, padre mío, come por el amor de Dios...

Salió. Su padre oyó sus pasos arriba y el ruido de las ventanas abiertas con violencia. Fué entonces al comedor, donde los criados, que por el ama sabían sin duda lo ocurrido, andaban de puntillas como en una casa donde hay un muerto. Alfonso se sentó solo en la mesa; pero ya estaba otra vez en ella el cubierto de Pedro; unas rosas de invierno se deshocaban en un vaso del Japón y el viejo papagayo, agitado por la lluvia, se mecía furiosamente en su balancín.

Alfonso tomó unas cucharadas de sopa y luego sentóse junto al fuego. Allí permaneció, envuelto poco á poco en aquel melancólico crepúsculo de diciembre, fija la vista en la llama, oyendo como el viento empujaba los cristales, pensando en todos aquellos acontecimientos terribles que turbaban la paz de su vejez. Pero entre su dolor, profundo como



era, veía un punto, un rinconcito de su corazón donde algo muy tierno, muy nuevo, palpitaba dulcemente con una frescura de renacimiento, como si en lo profundo de su sér surgiera un manantial de ricas alegrías futuras; y toda su faz sonreía á la llamada alegre, viendo la boquita rosada, bajo las blondas de la gorra...

Habiase ya encendido las luces en la casa. Subió inquieto al cuarto de su hijo; estaba obscuro, tan húmedo y frío como si la lluvia cayese dentro. El viejo sintió un escalofrío y cuando llamó á su hijo la voz de Pedro sonó en la obscuridad de la ventana. Estaba allí con los cristales abiertos de cara á la noche brava, oyendo los chasquidos del vendaval, recibiendo en el rostro el viento, la lluvia, la tempestad.

—¿Qué haces aquí, hijo?—exclamó Alfonso;—los criados han de arreglar la habitación; baja un momento. ¡Estás empapado, Pedrol.

Palpábale las rodillas, las manos heladas. Pedro se irguió estremeciéndose, impaciente ante aquella ternura del anciano.

—¿Quieren arreglar el cuarto? ¡El aire me sentaba bien; me calmaba tanto!

Teixeira entró luces y detrás de él apareció el criado de Pedro que llegaba entonces de Arroios con un gran estuche de viaje con funda de lona. Las maletas estaban abajo; el cochero había venido también; como ninguno de los señores estaba en casa...

—Bien, bien—interrumpió Alfonso;—mañana irá Villaça allí y cuidará de todo.

El criado entre tanto fué á dejar el estuche sobre el mármol de una cómoda. Aun quedaban allí trastos de esencias que usara Pedro en otro tiempo, y los candelabros alumbraban tristemente el lecho

triste de soltero, con los colchones doblados en el centro.

Entró Gertrudis muy atareada con sábanas y mantas; Teixeira sacudió las almohadas y el criado de Pedro, de puntillas, se puso á ayudarlos.

Pedro había salido al balcón como un sonámbulo, descubierta la cabeza, recibiendo la lluvia, atraído por el rumor de tempestad que subía del jardín sombrío.

Alfonso le cogió por el brazo, casi con aspereza, y le dijo:

—¡Deja que arreglen la habitación, Pedrol Baja un momento.

Siguió maquinalmente á su padre á la biblioteca, mascando el cigarro apagado que llevaba en la mano al llegar. Sentóse lejos de la luz, en un extremo del sofá, y allí quedó mudo y entorpecido. Durante mucho rato sólo se oyeron los pasos lentos del viejo, que turbaban el silencio de la estancia. Un ascua ardía en la chimenea. La noche parecía más cruda cada vez. Batía el viento con furia, con clamor temeroso, haciendo caer un diluvio de los tejados; después reinaba una calma tenebrosa, se oía á lo lejos el aire huyendo entre los árboles, y luego el vendaval rugía más airado, hacía crujir las ventanas, movía las puertas y se alejaba con silbidos desolados.

—Es una noche de Inglaterra—dijo Alfonso, bajándose para atizar el fuego.

Al oír aquellas palabras se levantó Pedro impetuosamente. De fijo le asaltó la imagen de María, tendida en un lecho, acariciando á otro hombre, gozando de un amor adúltero. Apretóse un momento la cabeza entre las manos, después se acercó á su padre con paso mal seguro, pero con voz firme:

—Estoy realmente cansado, padre mío, déjame. Buenas noches... Mañana hablaremos.



Besóle la mano y salió.

Alfonso permaneció un instante con un libro en la mano, sin leer, escuchando si oiría algún ruido arriba. Nada. Estaba todo en silencio.

Dieron las diez. Antes de acostarse fué á la habitación del ama. Gertrudis, el criado de Arroios y Teixeira cuchicheaban en la penumbra de una pantalla; salieron de puntillas al verle entrar y el ama continuó arreglando en silencio los cajones de la cómoda. En la amplia cama dormía el chiquillo como un Niño Jesús cansado, con el sonajero en la mano. Alfonso no se atrevió á besarlo para no pincharle con sus ásperas barbas; pero acaricióle el cuello, arregló el cobertor, las cortinas, sintiendo que su dolor se calmaba en aquella sombra de alcoba donde dormía su nieto.

—¿Necesita algo, ama?—preguntó bajando la voz.

—No, señor...

Entonces subió al cuarto de Pedro sin hacer ruido. Entreabrió la puerta. Su hijo escribía á la luz de dos velas, con el estuche abierto delante. Pareció asustarse al ver á su padre y al levantar la cabeza aparecieron anchas y profundas ojeras en su rostro, que daban á sus ojos más brillo y dureza.

—Estoy escribiendo—dijo.

Restregóse las manos, como estremecido por el frío de la habitación, y añadió:

—Mañana es necesario que Villaça vaya á los Arroios. Allí quedan los criados, dos caballos míos, una porción de cosas. Ahora le escribo. ¿Vive en el número 32, verdad? Teixeira debe saber la casa... Buenas noches, papá; buenas noches.

En su habitación, junto á la biblioteca, Alfonso no podía descansar. A cada instante se incorporaba, escuchaba: ahora, en el silencio de la casa y entre

el ruido del viento, resonaban lentos y continuos los pasos de Pedro.

Alboreaba; Alfonso se adormecía, cuando de pronto un tiro atronó la casa. Saltó del lecho despavorido y gritando. Un criado acudía con una luz. Del cuarto de Pedro, entreabierto, escapábase olor de pólvora. A los pies de la cama, de bruces, en un charco de sangre que empapaba la alfombra, Alfonso halló á su hijo muerto, con una pistola en la mano.

Entre las dos velas que se extinguían con llamadas lívidas, halló una carta lacrada en cuyo sobre aparecían estas palabras trazadas con pulso firme: *Para papá.*

Pocos días después se cerró la casa de Bemfica. Alfonso de Maia, con el nieto y todos los criados, partía para la quinta de Santa Olavia.

Cuando Villaça, en febrero, fué á acompañar el cuerpo de Pedro, que debía ser depositado en el panteón de la familia, no pudo contener las lágrimas al ver aquella morada donde pasara tan alegres días. Una bayeta negra cubría el escudo de armas y aquel paño parecía diluir su triste negrura por toda la muda fachada, por los castaños que crecían en el patio; en el interior los criados bajaban la voz, entulados; no había una flor en los jarrones; el propio encanto de Santa Olavia, el fresco cantar de las aguas vivas por albercas y canalizos parecía ahora la cadencia melancólica de un coro. Villaça encontró á Alfonso en la biblioteca, con las ventanas cerradas al hermoso sol de invierno, caído en una poltrona, con el rostro demacrado bajo el pelo crecido



y blanco, descarnadas las manos é inertes sobre las rodillas.

El procurador dijo en Lisboa que el viejo no viviría un año.

III

Pero pasó aquel año y otros años pasaron.

Una mañana de Abril, en vísperas de Pascua, Villaça llegaba de nuevo á Santa Olavia.

No le esperaban tan pronto, y como era el primer día hermoso de aquella primavera triste, los señores estaban en el jardín. El mayordomo, Teixeira, que iba encaneciendo, mostróse satisfecho de ver al señor administrador con quien á veces se carteaba, y llevóle al comedor donde la vieja ama de llaves, Gertrudis, cogida de sorpresa, dejó caer unas servilletas para darle un abrazo.

Las tres puertas vidrieras estaban abiertas y por ellas se veía la terraza, iluminada por el sol, con su balaustrada de mármol, cubierta de enredaderas; y Villaça, bajando los escalones que conducían al jardín, casi no reconoció á Alfonso de Maia en aquel viejo de nevada barba, pero robusto y colorado, que seguía una avenida de álamos, llevando á su nieto de la mano.

Carlos, al ver en la terraza á un desconocido con sombrero de copa y tapabocas de paño, se adelantó

con curiosidad á mirarlo y se sintió arrebatado por los brazos del buen Villaça que dejaba el quitasol y le besaba diciendo:

—¡Oh, niño, niño mío! ¡Qué lindo es! ¡Cuánto ha crecido!...

—¿Sin avisar, Villaça?— exclamó Alfonso de Maia, llegando con los brazos abiertos.—¡No le esperábamos aún esta semana, hombre!

Abrazáronse los dos viejos; luego, al cabo de un instante, volvieron á encontrarse sus ojos húmedos y conmovidos y se abrazaron de nuevo.

Carlos á su lado, muy serio, esbelto, con las manos enterradas en los bolsillos de los anchos pantalones de franela blanca, el casquete de igual tela puesto de lado sobre los rizados cabellos negros, continuaba mirando á Villaça que con el labio trémulo se limpiaba los ojos por debajo de los lentes.

—¡Y nadie fué á esperarle, ni un criado junto al río!—decía Alfonso.—En fin, ya le tenemos aquí... ¡Y qué firme está usted, Villaça!

—¡Y Su Excelencia, señor!—balbució el administrador, tragando un sollozo.—¡Ni una arruga! El pelo blanco sí; pero tiene la cara de un joven... No le conocía siquiera... Cuando recuerdo la última vez que le ví... ¡Y este niño!... ¡Esta linda flor!...

Iba á estrechar de nuevo á Carlos, pero el rapaz huyó soltando una alegre carcajada, saltó á la terraza, subió á un trapecio, se dió aire, y balanceándose en cadencia, fuerte y airoso, gritó: "¡Eres Villaça!,"

Y éste, con el quitasol bajo el brazo, contempláballo embebecido.

—Está muy crecido; da gusto verle. Se parece á su padre. Los mismos ojos, los ojos de los Maias, el cabello ensortijado... Pero será mucho más alto.

—Y muy sano y robusto—contestaba risueño el